

CAPÍTULO III.

EL MONACATO.

§ I.—El monacato, ideal de la vida cristiana.

¿Es el monacato una emanación de la doctrina cristiana? Durante siglos fueron venerados los monjes, como imitadores de la santa existencia de Cristo. Con la Reforma tuvo lugar una violenta reacción contra la vida monástica. ¿Podían ser verdaderos discípulos del Hijo de Dios hombres á quienes se comparaba con animales? Unos atribuyeron las tristes austeridades del monacato á la influencia de la filosofía oriental, que ve en las mortificaciones del cuerpo un medio de acercar el alma á Dios (1). Otros buscaron en el estado miserable de la sociedad, en la decadencia del Imperio y en la invasión de los Bárbaros los motivos que impulsaron á millares de cristianos á sepultarse en los desiertos y en los claustros (2).

Los escritores católicos combaten fácilmente estas opiniones hostiles al monacato, y prueban que aquella poderosa institución tiende á realizar el ideal de la vida evangélica (3). Hacen ver que Jesucristo predica que se renuncie al mundo, á la familia y á la propiedad. Recuerdan que una palabra de Cristo fué la que

(1) MOSHEIM, *Historia Eclesiástica*, v.º siglo.

(2) GUIZOT, *Historia de la civilización en Francia*, Lección xv.

(3) BERGIER, *Diccionario de Teología*, v.º Estado monástico.

inspiró á Antonio, el padre de los anacoretas, la resolución de retirarse á las soledades del Egipto. Entraba en la iglesia en el momento en que estaban leyendo este pasaje del Evangelio: «*Si queréis ser perfectos, id y vended lo que tenéis y dadlo á los pobres, y encontraréis tesoros en el cielo; venid despues y seguidme.*» Antonio habia heredado considerables riquezas; empezó por distribuirlas entre los pobres. Otra vez entró en la iglesia y oyó leer estas palabras de Jesús: «*No os inquietéis por el día de mañana.*» No pudo ya resolverse á esperar más; habiendo dado á los pobres cuanto le quedaba, abandonó su familia para abrazar la vida ascética. «Antonio, dice Atanasio, fué á enseñar en el desierto la vida cuyos principios habia aprendido en las Santas Escrituras» (1).

Los discípulos de Jesucristo difundieron estos sentimientos por toda la tierra: «No améis el mundo, dicen los apóstoles, ni las cosas que hay en el mundo. Si álguien ama el mundo, el amor del Padre no está en él.» Si no hay nada en el mundo «más que tentaciones de la carne, concupiscencia de los ojos y orgullo de la vida», ¿no tenían razón los monjes al renunciar al mundo para practicar la castidad, la pobreza, la obediencia, la humildad? Hasta las mortificaciones de la carne, tan odiosas para los reformados, tienen para los católicos su principio en las Santas Escrituras: «Trato con dureza á mi cuerpo, dice San Pablo, y le tengo sujeto, por temor de ser condenado, despues de haber predicado á los demas.» San Juan dice igualmente «que los que son en Cristo crucifican su carne juntamente con sus pasiones y apetitos» (2).

A medida que se propaga el cristianismo aumenta la importancia del ascetismo y de la virginidad (3). La vida comun de los primeros cristianos de Jerusalem ha sido considerada siempre por los monjes como el tipo de su institución. «En un principio, dice un anciano solitario de Egipto, el cuerpo entero de la Iglesia ob-

(1) ATHANAS., *Vita Anton.*, c. 2, 3, 46.

(2) I *epist.* JUAN, II, 15, 16.—PABLO, I *Corinth.*, IX, 27, *Galat.*, V, 24.

(3) Veis entre nosotros, dice JUSTINO, personas de ambos sexos de 60 y de 70 años que, educadas desde su juventud en las máximas de Jesucristo, han permanecido siempre castas y vírgenes; y me glorío de presentarlas de todas edades.» (JUSTIN., *Apolog.* 1).—C. ATHENAGOR., *Legat. pro Christ.*—TERTULIAN., *Apol.* 9.

servaba las reglas que nosotros seguimos. Cuando, por la corrupcion de las costumbres primitivas y la mezcla de los gentiles, se alteró la sociedad cristiana, los hombres que se conservaron fieles á la tradicion apostólica se alejaron del mundo y tomaron el nombre de monjes (es decir, *que viven solos*). La institucion monástica es, pues, la primera, no solamente en el orden del tiempo, sino tambien en el de la perfeccion. » ¿No es esto una vanagloria del monje? Los Padres de la Iglesia están unánimes en representar la vida comun de los primeros discípulos de Cristo como el tipo de la vida monástica. Así es que llaman á la existencia de los monjes una existencia apostólica ó una imitacion de la vida de los apóstoles (1). Cuando millares de fieles tomaron el camino de la soledad, hubo necesidad de dictar reglas á aquel inmenso movimiento. ¿Cuál fué la ambicion de los Basilio y Benitos? Realizar en los monasterios el ideal evangélico (2). «La regla de San Benito, dice Fleury, no es más que un compendio de la moral del Evangelio; lo que hace que los monjes parezcan hoy tan extraordinarios, es el cambio que ha tenido lugar en las costumbres de los demas hombres» (3). La Iglesia griega llama á la vida monástica *el estado perfecto*, en el cual se imitan las acciones de Jesucristo. Es tan cierto que el estado monástico es la perfeccion de la vida cristiana, que la Iglesia da á los monjes el título de clero regular. Desde el siglo VII era cosa corriente que un clérigo avanzaba en el camino de la santidad haciéndose monje (4). Un concilio del siglo XI compara los religiosos con los ángeles y con los serafines (5).

Así, el monacato es el ideal de la vida, tal como los cristia-

(1) HIERONYM., *Catal. Script. eccl.*, c. II (t. IV, P. II, p. 106).—EPIPHAN., *Haeres.*, 61, § 4.—NIL., *de monast. exercit.*, c. 4.—BASIL., *ep.* 295.

(2) BASIL., *epist.* 207, 2; 173; τὴν κατὰ τὸ εὐαγγέλιον πολιτείαν.

(3) FLEURY, *Costumbres de los cristianos*, § 41.—HÉLYOT., *Hist. de las órdenes monásticas*, t. I, p. 181.

(4) Concilio de Toledo (633), can. 60: «Si los clérigos, deseando seguir mejor vida, quieren abrazar la regla de los monjes, que el obispo les dé libre entrada en los monasterios.»

(5) «Los monjes y los canónigos son semejantes á los ángeles, puesto que anuncian las órdenes de Dios; pero los monjes se parecen más particularmente á los serafines, cuyas seis alas representan, dos por las mangas, dos por el cuerpo, y dos por el capuchon» (*Concilio de Nimes*, 1096, c. 2, MANSI, XX, 934).

nos la conciben. Se equivoca el que crea que el cristianismo pensaba en renovar el mundo; semejante empresa le parecia imposible; la sociedad pertenecia al César y se la abandonó. ¿Qué le quedaba que hacer para realizar su doctrina? Desertar del mundo, sometido al imperio del mal; formar, fuera del Estado, sociedades particulares, en las que los discípulos de Cristo pudieran vivir segun los preceptos del Evangelio. Tal fué el principio del monacato. Como la vida monástica tenia por ideal la realizacion del Evangelio, atrajo á todos los espíritus elevados que habia entre los fieles. Este es el secreto de su poder y del entusiasmo que inspiró. Crisóstomo ha escrito una comparacion entre el *monje y el rey*, en la cual vence el monje (1). Los cristianos aplicaron á los solitarios, esos filósofos del cristianismo, lo que los estóicos decian del sabio: los proclamaron superiores á los más grandes conquistadores. Su vida, segun los Padres más ilustres, no tenia nada de comun con la tierra, nada de humano; era una existencia angélica (2). Los Crisóstomos y los Gregorios Naciencenos son los que así se expresan, y no hacen más que expresar los sentimientos generales de su tiempo. Escuchemos á Atanasio: «Los monasterios que se formaban bajo la inspiracion de San Antonio eran como tabernáculos llenos de coros divinos, de santos ascetas que cantaban las alabanzas de Dios, que ayunaban, que oraban, que se deleitaban con la esperanza de las alegrías de la vida futura, que trabajaban para hacer limosnas y que vivian unidos por los lazos de la caridad y de la concordia. Hubiérase dicho que era un mundo aparte, mansion de la piedad y de la justicia..... Al ver los monasterios y los monjes, ¿quién no exclamaria: ¡Cuán bellas son tus tiendas, ¡oh Jacob! y tus pabellones, ¡oh Israel! Se extienden como jardines cerca de un rio, como los aloes plantados por el Eterno? (3).

Si el monacato sale del fondo de la doctrina cristiana, no es esto decir que no haya habido causas accidentales que han contri-

(1) CHRYSOST., t. I, p. 116 y sig.

(2) IBID., *adv. oppugnat. vitæ monast.*, libro II (t. I, p. 64 y sig.); *Homil.* 68, 69, *in Matth.* (t. VII, p. 673 y sig.)—GREGOR. NAZIANZ., *Carmen* 47. (t. II, página 106); *Orat.* 3, p. 77; *Or.* 9, p. 159.

(3) ATHANAS., *Vita Anton.*, c. 44.